



La Última Canoa,

Novela de Osvaldo Wegmann

Por Hugo Montes IB.

En dos tomos, con estilizado y grato dibujo de Pedro Olmos en la portada e impresión en Punta Arenas, aparece una nueva novela de Osvaldo Wegmann, conocido periodista y escritor sureño.

El paisaje humano y geográfico de *La última canoa* está dado por el mundo de los canales magallánicos, particularmente por Puerto Edén, centro de la vida durante largos años de indios alacalufes.

Allí, una estación meteorológica de la Fuerza Aérea —un sargento, dos ayudantes— y las pobres e improvisadas rucas aborígenes, a veces más, a veces menos, según se acentuara o disminuyese el espíritu nómada de los indígenas.

El protagonista es un muchacho alacalufe —niño en un comienzo, luego adolescente y joven hecho y derecho— que oscila entre las exigencias de su ser aborígen y las ansias de llegar a ser ciudadano civilizado. La oportunidad se la dan el padre Torres, abnegado misionero salesiano, y dos cabos de la estación de la FACH. Son sus tres amigos, sus protectores, sus iniciadores en el silabario, el catecismo, el aseo personal, en lo que con pretensión desmedida suele llamarse buena educación. Se colman los deseos del chico que viaja de Puerto Edén a Punta Arenas y de ahí a Santiago, donde se convierte en hábil mecánico de aviación. Es el indígena en la ciudad, tipo bien conocido en la literatura universal, que las letras chilenas enriquecieron una vez con el "Jimmy Button" de Benjamín Subercaseaux y ahora con el relato de Wegmann.

Pero la novela no deja al protagonista en la capital, sino lo hace seguir el camino de retorno, de la gran ciudad al Puerto Edén de origen. Este último nombre adquiere una significación simbólica. Antes el paraíso perdido; ahora el paraíso recobrado. Se vuelve tras esos pasos perdidos que inmortalizó Alejo Carpentier. Es la vez del atavismo, la llamada imperiosa del mar y de una vida que se creyó definitivamente olvidada. Lo que parecía oro era cenizas, y se aprecia en cambio en su dignificación plena una vida natural que durante un tiempo pudo parecer miserable, primitiva, en el sentido peyorativo del término.

El joven alacalufe reencuentra a sus padres muy ancianos —con ellos la sabiduría perdida en medio de tanta instrucción— y a la muchacha indígena que lo esperó durante años contra toda esperanza (su fidelidad y abnegación contrastan con el egoísmo de Clara, profesora que no arriesgaba su seguridad y que no acompañó al mecánico cuando éste torna al sur). Recobra también la capacidad de pescar y cazar como lo hacían sus antepasados, de navegar en barquichuelos elementales, de vivir en la soledad inhóspita pero hermosa, de construir esa canoa última, igual a la que viera construir en los días de su infancia. Si, ya no habrá otra canoa, que en ésta y con ésta perecen en una tormenta los endurecidos navegantes, precisamente cuando con el tronco hábilmente ahuecado habían solucionado sus problemas de sobrevivencia. Es un desenlace patético y acertado desde el punto de vista literario: se superó con él una dicotomía demasiado fácil —vida natural y civilización—, la mirada en blanco y negro que por momentos amenazaba a la novela.

La forma narrativa, por lo demás, se corresponde con la dualidad temática. Prevalce el relato objetivo, lineal, razonado, que por momentos resulta monótono y un tanto obvio. Pero junto a él, y cada vez que se vuelve a la presentación del mundo aborígen, se da el discurso mítico, con alucinación y supersticiones, con

impresionantes presagios que se cumplen de manera inexorable; con sabiduría distinta, con amor hondo, verdadero, definitivo.

No hay un realismo mágico a la manera que nos habituó Cien años de soledad, por nombrar lo más relevante del "boom" narrativo hispanoamericano; hay, en cambio, realismo y magia en estados sucesivos y bien diferenciados de la obra. Aquel aparece cuando se trata de relatar las vicisitudes que llevan directamente a la vida urbana y civilizada; ésta, cuando se narra lo antagónico, el retorno a lo primitivo.

¿Es eficaz esta adecuación del estilo a lo que se narra una y otra vez? ¿Habría sido mejor llegar a la fusión de ambas visiones y al relato también integrado?

No es fácil dar una respuesta categórica, mas es justo reconocer que los aciertos estéticos y humanos mayores ocurren en esta novela en los momentos en que prevalece la muestra de cuanto es primitivo. Hay entonces una fuerza, una fluidez, un interés que ciertamente no abundan cuando con muchas y sesudas razones son presentadas la costumbre urbana, la reflexión sensata, la argumentación lógica. El autor simpatiza con Puerto Edén antes que con Santiago, con el cabo humanitario más que con el sargento aficionado al dinero; rechaza por falso y superficial al turista y al guía que enseña el museo. Y sus simpatías se transmiten al lector, quien prefiere al protagonista cuando está en la choza a cuando arroja motores.

De la misma manera, el lector prefiere la forma de relato mítica a la muy razonada. Y hasta echa de menos más "locura", nuevas alteraciones cronológicas, mayor intromisión en el mundo primitivo, en el alma y en la tradición de los alacalufes. No se pide costumbrismo, sino precisamente lo contrario: fe en una visión que es tan coherente a lo menos como la del hombre civilizado.

Hay un símbolo de lo que decimos en las espléndidas páginas que cuentan la permanencia de la familia del protagonista —madre, esposa, hermanos— en una idílica isla del sur, particularmente en el deseo de la muchacha de permanecer para siempre en ella. Se les daba la posibilidad de una nueva fundación, de un nuevo Edén. El símbolo se acentúa con la noticia definitiva: se anuncia el nacimiento de un hijo del joven matrimonio. Es decir, las generaciones se prolongan precisamente en los lugares remotos, cuando el alejamiento de la civilización alcanza su clímax. Precisamente entonces, el clímax de la novela.

El bramido se escucha cada vez más cético, estremecido al viento, a las olas, al rechinar de los remos. Muy pronto, el final. Se escuchan entonces sólo los rugidos del lobo y del oloje. El texto une, como se ve, el embate natural y el embate augural. La tempestad no es sólo la de las aguas de hoy y aquí, sino también la que viene en una tradición tan fatídica como inevitable.

En esta mezcla el autor acierta plenamente. Ahí está su vena de auténtico escritor, capaz de crear y recrear situaciones míticas.

Como sea, Osvaldo Wegmann ha escrito una obra importante, de un interés que supera con mucho el marco regional. Y lo supera desde la región misma, precisamente adentrándose con conocimiento y profundidad en el modo de ser de un grupo humano que cuantitativa y mundanamente hablando es insignificante. ¡Ejemplo de humildad que hace falta tener siempre presente!

La última canoa, novela de Osvaldo Wegmann [artículo] Hugo Montes B.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montes, Hugo, 1926-2022

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La última canoa, novela de Osvaldo Wegmann [artículo] Hugo Montes B.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile